

Cuatro versiones de *Caperucita roja*: entre la moral, la pedagogía, y la subversión de valores

Diego Fernando Molina López

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

diegoml79@yahoo.com.ar

Caperucita roja es el clásico más reconocido de la literatura infantil y, sin embargo, no nace como una historia destinada a la literatura infantil. En la siguiente exposición se mostrarán cuatro ejemplos, dos correspondientes al origen de este clásico: la versión de Perrault (1697) y la de los hermanos Grimm (1812), y dos contemporáneas: la perteneciente al libro-álbum: *Una Caperucita roja*, de Marjolaine Leray (2009), y *La Caperucita Roja*, de Leicia Gotlibowski (2004). En los textos seleccionados se trazará un recorrido que va desde el libro con intenciones de advertencia y moral explícita, pasando por lo educativo-aleccionador, hasta la subversión de valores dada desde el humor y la parodia.

Ya desde los comienzos entra en escena la discusión acerca de qué es adecuado y qué no para el público infantil-juvenil. Público difícil de precisar, y que se define y redefine de acuerdo con los tiempos, según los valores que la sociedad del momento considera pertinentes para este espectro de lectores, necesariamente mediados por el criterio del adulto, quien en definitiva hace llegar la historia al niño/a a través del relato oral en el hogar, la compra de un libro inevitable y que “nunca falla”, o por la educación formal (jardín de infantes, escuela primaria). Al respecto, dice la escritora de literatura infantil-juvenil Graciela Montes:

En realidad, basta seguir mirando para darse cuenta de que todo lo que los grandes hacemos en torno de la literatura infantil (no sólo cuando la escribimos, sino también cuando la editamos, la recomendamos, la compramos... o la soslayamos) tiene que ver no tanto con los chicos como con la idea que nosotros –los grandes– tenemos de los chicos, con nuestra imagen ideal de la infancia. (Montes 1990: 12)

Veamos un poco los orígenes. Para comenzar este análisis, vale aclarar, iniciamos desde los orígenes impresos y no centralizándonos en la tradición oral campesina francesa que existía previamente, y que es de donde surge la historia. Charles Perrault es el primero que la registra en 1697 en *Cuentos de mamá Oca. Historias o cuentos del pasado con moralejas*. El cuento, si bien resulta cruel, ya que tanto la abuela como Caperucita son devoradas por el lobo y no hay final feliz, también termina con una moraleja explícita acerca de lo malo y fatal que puede ser la desobediencia de las adolescentes respecto a los consejos de los adultos. Estamos en presencia del cuento con la intención de advertencia. Si bien podemos, y lo hacemos, identificar al lobo con el hombre, es necesario señalar el hecho real-contextual de aquél entonces: Marc Soriano, desde un análisis sociohistórico, destaca la existencia del peligro real que implicaba el bosque, donde se conocían ataques mortales a niños por parte de lobos. También, es destacable el hecho de que se refiere en el consejo a las “adolescentes”, y en especial a las que son bonitas:

Aquí se ve que las adolescentes,
Especialmente las jovencitas,

Finas, gentiles y bien bonitas (Perrault 1697)

Es decir, el cuento carga con connotaciones sexuales en su versión popular de aquél entonces, que Perrault intenta en gran medida suprimir, pero que allí siguen estando. Si bien no se focaliza en este punto de la historia, hay escenas que reflejan dicha situación, como la moraleja final, o como el momento en que el lobo le pide a Caperucita que se acueste con él y ella se desviste y entra en la cama, antes de las conocidas expresiones de sorpresa, hasta que finalmente la devora.

Más adelante en el tiempo, en 1812, y en una geografía distinta, Alemania, los hermanos Grimm, también buscando difundir historias folklóricas de tradición oral, sin pensar en el público niño, escriben una versión en la cual nos hallamos sin una lección moral explícita y con un final feliz, aunque no por esto, menos cargado de crueldad. El final feliz, luego de que la abuela y la niña son devoradas, consiste en la llegada del cazador que las rescata abriéndole la panza con una tijera al lobo mientras duerme. Finalmente, para asegurarse de su muerte, la misma Caperucita busca piedras para llenarle la barriga al lobo y este, cuando se despierta, intenta caminar y cae muerto.

Ya en estas dos primeras historias populares, advertimos cómo se devoran a los inocentes, abuelas y niñas muertas, lobos ajusticiados y crueldad en el modo en que estas acciones son llevadas a cabo. Podríamos destacar entre las diferencias de ambas historias, además del final feliz de los Grimm, que las situaciones de violencia o crueldad han sido corridas de su eje original. Es decir, en Perrault, la crueldad era directa y no había vuelta atrás: la desobediencia de la niña significa su muerte y la de su abuela. Solo queda como positivo de la historia, el consejo, la advertencia a futuras niñas ingenuas, quienes seguramente estarían oyendo la narración en boca de sus padres o de adultos que pretendían protegerlas de lo malo. Mientras que en la versión de los hermanos Grimm, el consejo adulto es desobedecido una vez, lo cual lleva a un final casi fatal, pero en una segunda ocasión, en un nuevo encuentro con el lobo en el bosque, no desvía su camino y llega sana y salva a destino. La advertencia es desplazada por la enseñanza, que verificamos en este segundo encuentro. Asimismo, es notorio el hecho de que, tras la desobediencia, la ayuda proviene de un cazador que pasaba por allí. El cazador, el adulto, es quien revierte la situación, quien soluciona el error de Caperucita, la niña. En ambas historias, lo que sucede es detallado sin humor alguno, y tal vez sea la parte que asusta y atrae a los niños, que de distintas maneras receptionaron, oyeron y oirán el cuento a lo largo de la historia. Tanto en Perrault como en los hermanos Grimm, los adultos tienen una función clara como mediadores del cuento, ya sea para advertir, o para enseñar.

Ahora vamos a analizar dos versiones contemporáneas. *Una Caperucita roja* de Marjolaine Leray (2009), y *La Caperucita Roja*, Leicia Gotlibowski (2004). Ambos pertenecen al relativamente reciente género libro-álbum, en el cual imagen y texto tienen un protagonismo inseparable. Respecto a la definición de este género, sostienen Cecilia Bajour y Marcela Carranza en “El libro álbum en Argentina” (2003):

Una de las características innovadoras del libro álbum es el destinatario que postula. No es fácil adoptar los usuales criterios de clasificación por edades con estos libros. Podemos decir que la distancia que separa los libros para chicos de los libros para adultos estalla cuando un lector tiene en sus manos un libro álbum. Las formas en que esto ocurre son diversas, pero podrían sintetizarse en el planteo de la lectura de este género como un juego en el que el lector está llamado a ser un partícipe privilegiado debido a que el significado sólo comienza a tramarse con él. Se puede decir que este encuentro lúdico ocurre con mucho de

lo que se denomina arte, pero el libro álbum lo logra con procedimientos no muy hallables en la literatura infantil y juvenil, como los que antes detallamos.

La cuestión del destinatario infantil-juvenil en este tipo de literatura siempre es polémica y se define de manera constante. Continuamente está en discusión qué resulta adecuado, qué es lo correcto y qué es lo apropiado, o no, para este público, que se encuentra, como se dijo al comienzo, mediado por el lector adulto. En los dos libros-álbum seleccionados veremos, contrastados quizás, estos puntos en tensión permanente.

En *Una Caperucita roja* de Marjolaine Leray observamos la adaptación del tradicional cuento sin contextualización gráfica (el fondo de la historia siempre va a ser blanco) y con un protagonismo novedoso de Caperucita Roja. Se encuentra, siendo también un libro-álbum, en las antípodas de la versión de Gotlibowski. Si bien no podríamos decir que las similitudes y diferencias, respecto a los clásicos de Perrault o los hermanos Grimm, son muchas, sí podemos afirmar que son significativas. Desde el primer momento notamos la ausencia del adulto, ya sea para dar órdenes o indicaciones, o para introducirnos en la historia. El cuento comienza in media res, en el encuentro entre Caperucita y el lobo. Los únicos colores que hay son el rojo, el negro y el fondo absolutamente blanco. No hay narración sino sencillamente el diálogo entre ambos, que se corresponde con los colores que predominan en cada uno. El lobo absolutamente negro, y Caperucita, de rojo, salvo por el contorno de su rostro y las piernitas, que son negras. El dibujo es de una lograda sencillez que se corresponde con lo central de la historia. Además de la sencillez, también conviven en una mezcla la ingenuidad y el horror que transmite la historia que se cuenta. El rostro de la niña, ingenuo e inocente, va acompañado de gestos corporales como el de dejarse atrapar sin resistencia por el lobo, y la sucesión de actitudes mientras empieza el clásico “¡Qué orejas tan grandes tienes!” (lo señala y se lleva la mano a la boca) o “También tienes ojos muy grandes” (mientras se acerca por encima de la boca para verlo mejor), hasta “¡Y tus dientes son enormes!” (abriéndole la boca y poniendo su rostro para inspeccionarla), y finalmente cuando el lobo lanza “¡Son para comerte mejor!”, la niña no se inmuta y contesta un simple “No”, y a continuación, ante la sorpresa del lobo, le dice: “Tienes mal aliento” (y toda la actitud corporal acompaña la vergüenza que parece sentir al pronunciar tal afirmación: baja el rostro, se agarra las manos y mueve un piecito). Luego, esta actitud de inocencia cambia por una de supuesta solidaridad: le ofrece un caramelo que finalmente termina matando al lobo, mientras Caperucita lo mira con atención y entusiasmo, hasta que él muere, y pronuncia un simple e inquietante: “Ingenuo”.

La crueldad que veíamos en la versión inaugural de Perrault es acá invertida, y la niña sola, aparentemente inocente, vence, asesina, a su enemigo, el lobo. También para señalar una diferencia respecto a la de los hermanos Grimm: no hay ninguna intervención de los adultos, ni para darle consejos paternos, ni para brindarle ayuda salvadora de leñador-adulto. Esto es lo que lo vuelve inquietante, ya que podríamos realizar al menos dos lecturas: la niña solo se dedica a jugar con el lobo a quien tiene como objetivo asesinar, por simple diversión, o la niña se defiende del ataque del lobo y toma la determinación de matarlo con astucia e inteligencia. Pero es inquietante también porque no hay susto alguno por parte de Caperucita, y hasta se dedica a contemplar la muerte. La pérdida de la ingenuidad está acompañada por el humor, elemento del que las versiones clásicas carecían; y no produce un simple efecto humorístico para suavizar la situación. El humor funciona como un gesto de subversión de valores. Es un humor negro el que acá aparece para embestir a la moral, al posible efecto pedagógico al que la literatura infantil ha sido sometida tradicionalmente. Eduardo Stilman (1967) plantea:

La difusión del humor negro –íntimamente relacionado con el humor absurdo– ilustra inmejorablemente ese despertar, así como el carácter específicamente subversivo del humorismo y su poder como método de enfrentamiento y dilucidación, como aventura intelectual.

En la misma sintonía, podemos destacar la función que adquiere la parodia del texto clásico. Noé Jitrik dice, respecto a la parodia, que la imagen primera que evoca esa palabra es la de un “efecto risueño”, aunque esta no es la única posibilidad. En la parodia se establece “una relación con el texto anterior, interactúan, uno de ellos está construido porque existe el otro”. La otra posibilidad que pretendemos destacar es la que llama “efecto crítico”, ya que este “pone en cuestión los protocolos de escritura en un momento respecto de un texto determinado. Si se parte de un texto A para hacer una parodia, se está cuestionando precisamente los elementos constituyentes del texto A”. Por lo tanto, la construcción intencionada de un texto paródico, está tomando “distancia respecto de creencias precedentes”. De esta manera, Marjolaine Leray subvierte los valores establecidos tradicionalmente, y supera la intencionalidad admonitoria y educativa de los clásicos. Desde la niña desobediente comida por el lobo en Perrault y la niña ingenua y asesina de Marjolaine Leray, hay apenas un poco más de trescientos años de historia.

Por otra parte, tenemos *La Caperucita Roja* de Leicia Gotlibowski. En el mismo vamos a leer la versión original de Perrault, pero solo en cuanto a texto. Y justamente es aquí donde reside la innovación. El texto es absolutamente fiel al “original”, pero las imágenes que lo acompañan no. Porque si bien las imágenes acompañan las escenas clásicas, no lo hacen con una coherencia temporal o estética homogénea, sino que hay un cruce de temporalidades que nos transportan a la Revolución Francesa o a la Belle Époque en París, y un cruce de ilustraciones, pintura sobre tela y composiciones digitales.

Apenas comenzada la historia, notamos homologado un dibujo de una niña, más cercano a una representación general de Caperucita Roja, con un retrato de María Antonieta a la edad de 14 años. Luego, hay una escena familiar de la infancia de María Antonieta, en la cual deducimos que se está narrando la misma historia que se está contando, ya que sostiene *Cuentos de mi madre la Oca*. La puesta en abismo inmediatamente va a alterarse en la siguiente escena con un cuadro que sigue las mismas características que el anterior, pero ahora con una Caperucita Roja acorde a la representación “tradicional” y no a María Antonieta. Cuando se produce el encuentro en el cual el lobo decide tomar el camino corto, el metro, y Caperucita Roja, el largo, hay una sucesión de distracciones por parte de la niña que merecerán el castigo final. Caperucita comienza por el Moulin Rouge, va a la peluquería, al bazar, a la boutique, y hasta parece tener un romance en el medio del camino. También juega a las cartas y bebe alcohol. Mientras tanto, el lobo hace su parte de devorar a la abuela y esperar a la niña. Cuando esta llega, le pide que se acueste a su lado, y se desviste para hacerlo. La escena con connotación sexual, en principio parecería que se va a suprimir desde la narración de la imagen, pero luego vemos a través de las fotos que el lobo mira, una sugestivamente desnuda. Acá nuevamente hay un salto temporal en los elementos que aparecen: un equipo de audio y un brazo aparentemente adolescente que agarra un auricular. Al final, el lobo la devora, y la manera en que es representada la escena es una niña apenas visible adentro de la boca/bosque (con los colores de la bandera francesa) que aparece en la tapa. La manera que se resuelve la moraleja es con una guillotina cortando un retrato de María Antonieta.

Cada una de las imágenes y textos que se suceden son referidas con sus fuentes, hacia el final de libro. El lector puede realizar el ejercicio de recuperar las mismas o no. Y es en este punto donde la cita respecto a la definición de libro-álbum, “la distancia que separa los libros para chicos de los libros para adultos estalla cuando un lector tiene en sus manos un libro álbum”, cobra nuevamente importancia, ya que nos permite pensar acerca del destinatario real de la historia. Por una parte, podríamos afirmar que dadas las numerosas referencias culturales, implícitas a lo largo del libro, y explicitadas hacia el final, es al lector adulto a quien se busca llegar, y esto entraría en consonancia con lo propuesto en los comienzos por el mismo Perrault. Pero, por otro lado, el destinatario, incluso el primer destinatario, también es el público infantil-juvenil, que puede leer y ver la narración sin preguntarse nada acerca de las fuentes de las ilustraciones, ni de los personajes históricos, ni de la historia francesa, y simplemente disfrutar la estética por lo que la estética misma ofrece.

Tal vez este libro, que desde la misma tapa permite ver/leer en simultáneo un bosque oscuro, la boca del lobo y la caperuca roja, desafía la delimitación de un receptor unívoco, y transgrede, mezclándolas, las categorías público adulto y público infantil-juvenil. La tapa es una concentración semántica de sentidos que nos anticipa lo que luego sucederá con la historia conocida. Volvimos al comienzo de la historia, con toda su originalidad narrativa, pero con imágenes que nos proponen un goce estético, y al mismo tiempo acentúan aquella connotación sexual que Perrault había en buena medida pretendido suprimir. Otra de las cuestiones que se enfatizan desde la imagen es el destino trágico que Caperucita tiene. Y la crueldad, la construcción del miedo, a través del mismo bosque oscuro que finalmente es la boca del lobo, crea nuevas metáforas visuales, que destacan el lado espeluznante, espantoso, aterrador de la historia, que acaso sea la que más persiste en la imaginación de los lectores u oyentes niños.

Bibliografía

Boland, Elisa. “Algunas palabras bastan: niña, abuela, bosque, flores, lobo y... ¡Caperucita por siempre!”. Revista Imaginaria, 29 de marzo de 2006. Disponible en: <http://www.imaginaria.com.ar>

Bajour, Cecilia y Marcela Carranza. “El libro álbum en Argentina”. Revista Imaginaria, 23 de julio de 2003. Disponible en: <http://www.imaginaria.com.ar>

Colomer, Teresa. *Introducción a la literatura infantil y juvenil*. Madrid: Síntesis, 1999.

Jitrik, Noé. “Una aproximación teórica al concepto de parodia”. Apunte de cátedra: Literatura Latinoamericana II, FFyL, UBA. 10, 17 y 19 de abril de 1990.

Montes, Graciela. “Realidad y fantasía o cómo se construye el corral de la infancia”. En *El corral de la infancia. Acerca de los grandes, los chicos y las palabras*. Buenos Aires: Libros del Quirquincho, 1990.

Pisanty, Valentina. *Cómo se lee un cuento popular*. Barcelona: Paidós, 1995.

Soriano, Marc. *La literatura para niños y jóvenes: Guía de exploración de sus grandes temas. Traducción, adaptación y notas de Graciela Montes*. Buenos Aires: Colihue, 1995.

Stilman, Eduardo. "El humor negro". En: *El humor negro. Antología ilustrada*. Buenos Aires: Brújula, 1967. Colección Breviarios de Información Literaria. Selección y notas de Eduardo Stilman e ilustraciones de Hermenegildo Sabat.

Textos literarios

Gotlibowski, Leicia. *La Caperucita Roja (texto original de Perrault)*. Buenos Aires: Ediciones del Eclipse, Colección Libros-álbum del Eclipse, 2006.

Grimm, Jacob y Wilhelm. "Caperucita Roja y el lobo feroz". En *El libro de oro de los Cuentos de Hadas*. Caracas: Ekaré, 2003.

Leray Marjolaine. *Una Caperucita roja*. Barcelona: Océano, 2009.

Perrault, Charles. "Caperucita Roja". En *Cuentos de hadas ilustrados por Gustave Doré*. Barcelona: Lumen, 1983.